

CRISIS EN LOS ESTUDIOS DE COMUNICACION Y SENTIDO DE UNA REFORMA CURRICULAR

Jesús Martín Barbero

El estado de la cuestión nos ubica entre la tentación profesionalizante proveniente de las exigencias del mercado y la tentación cientificista tras el fracaso de una propuesta crítica. Más aún, la comunicación se ha convertido en espacio estratégico de los procesos de transnacionalización y de emergencia. Estas y otras condiciones que precisa Jesús Martín Barbero en este artículo determinan que las líneas directrices de la reforma del Plan de Estudios de la Universidad del Valle rompan con la concepción que piensa la especificidad de la comunicación desde las disciplinas o los medios.

Los cursos -en esta propuesta- se organizan en torno a tres ejes en los que ha confluído la investigación en América Latina: las estructuras de propiedad y de poder, los procesos de producción simbólica y las prácticas de decodificación y consumo.

Es así como las materias se seleccionarían no por los requerimientos inmediateistas del mercado sino por la especificidad de los problemas-objeto.

Los talleres de producción se abrirían a la expresión de las diferentes matrices culturales y enfatizarían en una pertinencia de producción-consumo cultural. Todo esto estructurado en proyectos trabajados en equipos de investigación-producción que integren a profesores y alumnos de diferentes áreas.

La búsqueda de un currículum que permita dar entrada a las problemáticas planteadas por el nuevo lugar que ocupan los procesos de comunicación en la coyuntura sociohistórica de América Latina y las transformaciones sufridas en los últimos diez años por la figura social del comunicador, llevó al Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad del Valle a una reforma del Plan de estudios cuyas líneas directrices se sintetizan en el texto que sigue. Frente a ciertas reformas que buscan ante todo la modernización tecnológica y temática la que aquí se relata es un intento de reubicación del espacio teórico-político a partir del cual se hacen pensables y académicamente trabajables los nuevos problemas.

1. ¿TIENEN LOS ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN UNA ESPECIFICIDAD OTRA QUE LA TÉCNICA?

Para los estudios de comunicación en Latinoamérica los 70 fueron los años del boom. No sólo en lo cuantitativo -la apertura de un gran número de escuelas- sino también en la resonancia social que esos estudios adquirieron. A dos niveles: la que se produce en torno al debate mundial sobre el nuevo orden internacional de la información, y el lugar estratégico que en él ocupara América Latina con su posición y su investigación pionera, y la que viene de la conciencia creciente de que la comunicación social ni conceptual ni profesionalmente se agota en el periodismo. Mediados los 80 la situación es otra. La reacción de los Estados Unidos -y las menos escandalosas pero significativas de algunos gobiernos latinoamericanos contra la UNESCO, basada en buena parte en su "derrota" por el Informe McBride y la declaración subsiguiente, ha logrado sembrar la sospecha y la confusión sobre el campo de la comunicación bloqueando muchos de los proyectos de renovación que por ahí se perfilaban. De otra parte, la reacción de no pocas escuelas ante la degradada situación laboral se traduce en la propuesta de un "nuevo" perfil de comunicador que, aunque conserva cierta retórica social de los años setenta, lo define en verdad por su especificidad técnica y retoma las seguridades que en el terreno profesional parece garantizar la figura del periodista.

Frente a esas dos reacciones, la renovación de los estudios de comunicación no tiene un camino fácil. La tentación *profesionalizante* se apoya en datos del mercado laboral y en exigencias técnicas que, a su manera, hablan de la situación social. Y la tentación *cientificista* acecha no sólo desde el prestigio logrado por el positivista paradigma informacional sino desde el fracaso de una propuesta crítica que mayoritariamente fue incapaz de hacer posible el paso de la denuncia a la intervención creativa en los procesos. Sin embargo desde otros ámbitos el sentido de la renovación empieza a dibujarse. Me refiero a los dos tipos de procesos que en los últimos años "cargan la problemática de comunicación convirtiéndola, como nunca antes, en un espacio estratégico para pensar los bloqueos y las contradicciones que dinamizan nuestras sociedades: los procesos de *transnacionalización* efectuando el salto de la imposición de un modelo político -en la que las nuevas tecnologías de comunicación juegan un papel decisivo- con el cual hacer frente a una crisis que no es sólo económica sino de hegemonía y los procesos de *emergencia de identidades culturales* que viniendo de lo étnico, de lo regional y lo local, replantean el sentido de lo nacional" y hacen visible la existencia de una pluralidad de modos de comunicación.

La percepción de ese nuevo sentido de lo transnacional, y de lo nacional, está ligada sin duda a la prioridad dada por las izquierdas latinoamericanas a los procesos de democratización como estrategia de transformación social, y a la *revalorización del espacio cultural*, esto es a la especificidad de los conflictos que articula la cultura. Es así que se inscribe el redescubrimiento de lo *popular*, o mejor el nuevo contenido que ello cobra hoy: revalorización de las articulaciones de la sociedad civil, reconocimiento de experiencias

colectivas no encuadradas en formas partidarias, y presencia de una no-contemporaneidad que no es mero atraso sino brecha abierta en la pseudo modernidad de nuestros países y en la lógica con que el capitalismo aparenta agotar la realidad de lo actual.

Plantearse la renovación de los estudios de comunicación a partir de esos nuevos procesos implica ante todo la ruptura con aquella concepción que piensa la especificidad de la comunicación desde las disciplinas o los medios, esto es desde la compulsiva necesidad por definir cual es la ciencia o disciplina “propia” o desde la reducción de la especificidad a la de sus “propiedades técnicas”. No se trata de negar el aporte de la psicología, de la semiótica o la teoría de la información sino de hacer explícita la contradicción que entraña intentar pensar la especificidad histórica de un campo de problemas desde la lógica de una disciplina.* Los sucesivos “imperialismos” de la psicología, la semiótica y la teoría de la información han puesto en claro al menos esto: que los límites no provenían de una u otra disciplina sino del modelo que propone pensar los problemas desde ese lugar teorista, y tan frecuentemente ahistórico, que son las disciplinas. Por otra parte, no se trata de rebajar la importancia de los medios sino de abrir el análisis a *las mediaciones*, esto es a las instituciones, las organizaciones y los sujetos, a las diversas temporalidades sociales y a la multiplicidad de matrices culturales desde que las tecnologías se constituyen en medios de comunicación. Y entonces la especificidad del campo comunicativo se hace rescatable sólo desde las articulaciones entre prácticas de comunicación y movimientos sociales.

2. LAS NECESARIAS MEDIACIONES EPISTEMOLÓGICAS

Cualquier renovación de las escuelas de comunicación pasa hoy en modo decisivo por la superación de un impase que no es sólo “académico” sino epistemológico: cómo romper el círculo vicioso a que conduce la amalgama entre formación en ciencias sociales y adiestramiento para la producción en medios. Pero a su vez ese círculo nos conduce a otro: cómo escapar a unos cursos de sociología o economía indefinidamente introductorios, esto es cuyo nivel de generalidad es tan vago que le sirven por igual a estudiantes de veterinaria, ingeniería química o, comunicación, sin caer en la ilusoria particularidad de esos cursos que sin un mínimo de formación básica proponen una sociología o una psicología “de la comunicación”? Durante años ese problema ha estado oculto tras la retórica y la magia de la *interdisciplinariedad*. Pero por interdisciplinar se ha entendido no una propuesta metodológica o un modelo pedagógico sino la mera presencia de diferentes disciplinas en el currículum de los planes de estudio, cada una desarrollándose por su lado. Que significación puede tener, por ejemplo, la presencia de un curso de antropología en un currículum de comunicación si su contenido oscila entre una descripción enciclopédica de las etapas de la evolución humana y una elemental presentación de las diferentes “ramas” de la antropología? Sacar el concepto de interdisciplinariedad de la obvia necesidad del aporte de diferentes disciplinas exige un trabajo epistemológico de delimitación del campo *específico de problemas* a partir del cual, se hace posible el “encuentro” con aquello que en cada disciplina configura su aporte de conocimiento a esos problemas. Sin esa delimitación mediadora sólo habrá conocimientos aplicados mecánicamente y casi siempre en modo reduccionista. Para la reforma que estoy reseñando esa delimitación del campo se trabajó partiendo de la convergencia lograda por la investigación latinoamericana* en torno a tres ejes: estructuras de profundidad y de poder, procesos de producción simbólica y prácticas de decodificación y consumo. No se trata de territorios separados sino de planos que demarcan y organizan la relación entre problemas y saberes. Esa delimitación hace posible una selección básica de materias o asignaturas que responda menos a los requerimientos inmediatistas del mercado laboral o las políticas académicas de turno y más a la especificidad de unos problemas objeto. Pues los ejes propuestos efectúan una mediación entre la generalidad de los conocimientos que trabaja cada disciplina y la particularidad de los problemas en comunicación. Mediación indispensable pues ni los alumnos -para entender los problemas de comunicación pueden ahorrarse el conocimiento de las estructuras sociales básicas ni se puede exigir que los mejores profesores de sociología o economía sean expertos en comunicación. Lo que se le pedirá entonces a cada profesor es algo que cae plenamente dentro de su área de conocimiento pero seleccionado y organizado en torno a un punto de los ejes sobre el que van a converger los cursos de otras disciplinas: por ejemplo economía, sociología e historia sobre el primer eje y lógica, semiología y antropología sobre el segundo. Y lo que se le propone de ese modo al alumno es un conjunto de conocimientos mínimamente integrados a partir de los cuales él podrá pasar al análisis de estructuras, procesos y prácticas de comunicación en lugar de limitarse a acumular la información de las investigaciones ya hechas. Esa delimitación del campo en las articulaciones que lo constituyen hace posible la construcción de una especificidad teórica que en lugar de recortarse idealistamente saca a flote las mediaciones que en la realidad configuran los fenómenos que el comunicador deberá enfrentar profesionalmente.

Pero la delimitación del “campo” es sólo una primera mediación. Hay otra indispensable también: es la historia de las transformaciones en la formulación de los problemas y en los modos de abordarlos. No se trata de una presentación de las “escuelas teóricas” al modo como suele hacerse en los cursos “de método” sobre funcionalismo-marxismo-estructuralismo, sino de algo muy distinto. Lo que se busca es hacer comprensible y “aprovechable” una historia fundamental de la investigación en comunicación que vincule la emergencia de las teorías del movimiento de los problemas, esto es a los cambios en la situación social y en las configuraciones culturales. Una historia que permita comprender que las teorías -concepto y método- no son ni meras estrategias ideológicas ni recetas de técnicas sino el “lugar” en que se objetivan y desde el que se hacen visibles cierto tipo de problemas y otros no. En el nuevo plan de estudios de la Universidad del Valle esa historia se desarrolla en cinco etapas, y en una secuencia que no puede ser mecánicamente diacrónica pues hay sincronías altamente significativas. Pero como es una historia que -al menos en lo

que respecta a América Latina- está por escribirse, el trazado propuesto recoge únicamente algunos de los momentos que jalonan los cambios. Uno, la propuesta inicial de la “communication research” y el análisis que inaugura el concepto de “industria cultural” de los de Frankfurt. Dos, el difusionismo como matriz teórica de las primeras investigaciones de comunicación en América Latina y su crítica a partir de la relación comunicación-educación (P. Freire) y comunicación-cultura (A. Pasquali). Tres, la renovación que introducen McLuhan y E. Morin en las dos posiciones, y la ruptura epistemológica que se opera desde el materialismo histórico y la semiótica al hacer emerger la problemática de la comunicación como espacio privilegiado para el análisis de las condiciones sociales de producción del sentido. Cuatro, lectura ideológica de los discursos y análisis socioeconómico de los medios en América Latina (E. Veron y A. Mattelart); crisis de la dependencia y apertura del espacio teórico: nuevo orden informativo, y políticas nacionales de comunicación. Quinto, racionalidad tecnológica (del “progreso” tecnológico) y paradigma informacional; emergencia de un paradigma alternativo a partir del espacio abierto por la sociología de la cultura (R. Williams, C. Bourdieu, M. de Certeau), la antropología de las culturas subalternas (A. Cirese, N. García Canclini, G. Jimenez) y la investigación latinoamericana sobre la relación entre cultura de masas y culturas populares.

3. LA PLURALIDAD DE MODOS Y DE USOS

Las dos mediaciones planteadas no introducen únicamente una reorganización de las áreas teóricas sino una *ampliación* del campo y algunos *desplazamientos* estratégicos en las áreas de prácticas profesionales o talleres. Se trata, en primer lugar, de abrir los talleres de producción a la pluralidad de modos de comunicación a través de los cuales se expresan *matrices culturales*, tanto étnicas como de clase, nacionales y regionales, a los modos masivos, comunitarios y alternativos, y a los tipos de *prácticas* que los atraviesan -informativas, educativas, organizativas-. Y en segundo lugar de desplazar el acento, reductoramente puesto en el ámbito de la emisión/recepción de *información*, hacia el de la producción/consumo de cultura. Lo cual no significa abandonar el campo de la información sino sacarlo del modelo centrado en el medio y el mensaje, y reubicarlo en el espacio de los dispositivos y constricciones que vienen del *sistema de producción* -imposición de géneros, rutinas productivas, ideologías profesionales de los *modos de reconocimiento* y constitución de los sujetos sociales.

Superar el modelo conductista de la omnipotencia del medio y el modelo ideologista, que trasladó esa omnipotencia al mensaje, no tiene implicaciones sólo en el terreno teórico, exige un cambio profundo en la concepción y la práctica de la acción comunicativa: implica que la producción de comunicación parta de los contextos sociales y asuma las configuraciones culturales. Lo que a su vez significa concebir la comunicación como proceso activo de parte y parte, en el que nunca hay puro diálogo ni mera dominación, y en el que siempre hay *intercambio* -complicidad y seducción pero también *impugnación* y *resistencia*, asimetría de códigos entre emisor y receptor y por tanto decodificaciones desviadas y lecturas oblicuas, reapropiación y usos “aberrantes”. Se trata de que el aprendizaje del diseño y la producción de comunicación asuma *el hecho* de que el modo hegemónico de comunicación y los dispositivos de lenguaje que históricamente han desarrollado los medios no representan la culminación de un proceso/progreso fatal, que hay otros modos de comunicación y otros usos posibles de los medios, modos que siendo colectivos no son “masivos” y usos de medios que responden a lógicas diferentes a aquellas que miden la calidad de la comunicación y la eficacia comunicativa por rentabilidad comercial. Es quizá además el único camino para que la comunicación en los medios pierda la rigidez de los formatos y se abra ella misma a la experimentación. En últimas lo que está ahí en juego es la posibilidad de romper el impase que sufren la mayoría de las prácticas de producción en nuestras escuelas; o mera y rutinaria repetición de lo que se hace o experimentación formalizada. Claro que todo trabajo académico tiene sus límites, pero ellos pueden ser ampliados mediante un tipo de prácticas que impliquen a grupos sociales, que partan de situaciones concretas y se dirijan a sujetos reales. Sólo así el trabajo de producción podrá ser arrancado al chantaje de los criterios de evaluación puramente académicos y formalistas e introducir criterios que permitan evaluar la *validez social* de la comunicación producida.

4. UN ESPACIO PARA INTEGRAR INVESTIGACIÓN Y PRODUCCIÓN

Quizá el círculo vicioso a que conduce la amalgama entre formación en ciencias sociales y aprendizaje de la producción en medios no está ligado sólo a impases epistemológicos sino también a la separación de los conocimientos por “materias” y a la rígida organización del tiempo impuestos por una lógica “docente” extraña tanto a la investigación como a la producción. De ahí la necesidad de que al menos en el último año los currículos de comunicación abran un espacio distinto. Un espacio que al no estar regido por la lógica de las separaciones -por materias, por áreas, por tiempos- haga posible la integración buscada tan precaria y parcialmente en los años anteriores. Un espacio estructurado a partir de proyectos colectivos de investigación-producción que integren en pequeños equipos alumnos y profesores de las diferentes áreas.

El objetivo fundamental es la puesta en marcha de proyectos que respondan a algún tipo de demanda concreta, en función de la cual es diseñado un proceso de comunicación, seleccionados los medios y los tipos de prácticas. Ahora bien, como los planes de estudio necesitan dar una forma curricular a los proyectos -y en muchos casos traducirlos a figuras profesionales- ello puede lograrse mediante una serie de “énfasis” que recojan la experiencia de los egresados, la demanda que viene del mundo laboral y otros tipos de

demandas sociales. En nuestro caso las figuras profesionales que propone inicialmente el ciclo de énfasis son: prácticas informativas, periodismo y animación cultural, comunicación educativa y comunicación en el desarrollo comunitario.

Desde ellas lo que se abre es algo más que un modo de aproximación a las complejidades del trabajo, profesional: es un acceso a la diversidad y complejidad de formas y de espacios, de experiencias y prácticas de comunicación que en los primeros años sólo han sido entrevistas apenas. Por eso culmina ahí una reforma que busca poner el “énfasis” ya no en los medios sino en las mediaciones, y más que en la crítica de la homogenización en el descubrimiento y reconocimiento de la diversidad cultural que se expresa y materializa en una pluralidad de modos de comunicación vigente aún en el tiempo de los satélites y la informática.

Notas.

* Tres textos clave para “leer” ese proceso de convergencia:

CIESPAL, La investigación de la comunicación en América Latina, informe del seminario celebrado en Costa Rica, 1978.

M. PICCINI, La investigación sobre medios de comunicación en América Latina. Situación actual y alternativas, México, 1978.

H. SCHMUCLER, Un proyecto de comunicación/cultura, en Revista "Comunicación y Cultura", No. 12, México, 1984.